

**PodLectio**  
**22/03/2025**

***Meditación de fray Silvio Rogelio de la Fuente, Santuario de Betfagé***  
**(Sabado de la II semana – Lc 15,1-3.11-32)**

Queridos hermanos y hermanas, paz y bien.

Soy fray Silvio Rogelio de la Fuente, superior del Santuario de Betfagé, en el Monte de los Olivos. Desde aquí, desde este lugar santo, cada año comienza la procesión del Domingo de Ramos, el camino por el que Jesús entró triunfante en Jerusalén. Hoy, en esta quinta semana de Cuaresma, nos encontramos ya en la recta final de este tiempo de conversión. Pero la conversión, no es solo dejar el pecado. Es también un tiempo de crecimiento, de maduración en la fe y en el amor.

Hoy meditamos sobre la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso. Pero no quiero que nos quedemos solo con la imagen del hijo que regresa. Quiero que nos atrevamos a recorrer un camino más profundo: el camino que nos lleva del hijo menor al hijo mayor... y del hijo mayor al corazón del Padre.

Identificarnos con el hijo pródigo es fácil. Todos, en algún momento, hemos tomado de lo que Dios nos ha dado y lo hemos desperdiciado en cosas que no llenan el alma. Todos hemos probado el sinsabor de alejarnos de Dios, de buscar fuera lo que solo podemos encontrar en su casa. Y tarde o temprano, la vida nos pone en una encrucijada: seguir lejos y morir de hambre o volver con humildad.

El hijo pródigo decide volver. Se acerca con miedo, con vergüenza, esperando quizás un castigo... pero el Padre lo sorprende. No lo reprende, no le reclama, no le pide explicaciones. Simplemente lo abraza. Lo viste con dignidad. Le devuelve su lugar de hijo. ¡Qué grande es la misericordia de Dios! Pero la historia no termina aquí.

Porque también podemos convertirnos, sin darnos cuenta, en el hijo mayor. Ese hijo que nunca se fue, que siempre ha estado en la casa del Padre, pero cuyo corazón se ha llenado de resentimiento. No entiende el amor del Padre. Le cuesta aceptar que la misericordia sea gratuita. Se molesta porque siente que su fidelidad no ha sido suficientemente recompensada. Y es que, cuando olvidamos que todo lo que tenemos es un regalo, caemos en la trampa de la autosuficiencia, creyendo que merecemos más que los demás.

Este es un peligro real para quienes llevan tiempo en la fe. Se comparan, se sienten más dignos, más correctos. Piensan: Si yo he podido, los demás también deberían poder. Y sin darse cuenta, se vuelven jueces. Jueces duros, inflexibles, que han olvidado que un día también necesitaron del amor incondicional del Padre.

Pero la meta de nuestra fe no es quedarnos como hijos. Ni pródigos ni mayores. Dios quiere algo más para nosotros. Dios quiere que lleguemos a ser como Él.

Ese es el verdadero crecimiento espiritual: pasar del hijo que regresa, al hermano que comprende... hasta llegar a ser el Padre que acoge.

El verdadero cristiano no es solo el que ha recibido el perdón, sino el que lo ofrece. No es solo el que ha sido salvado, sino el que se convierte en instrumento de salvación para otros. No es solo el que ha experimentado la misericordia, sino el que la vive y la entrega.

Y aquí está el reto de esta Cuaresma: no solo volver a Dios, sino aprender a amar como Él, saber acoger a los demás por lo que son.

Les deseo a todos que este tiempo nos transforme. Que cuando llegue la Pascua, no solo hayamos regresado a la casa del Padre, sino que hayamos crecido hasta tener su corazón.

Dios los bendiga.